

## Crítica de Libros

### A contracorriente

J. Ibáñez

Ed. Fundamentos. Madrid, 1997

Me alegra participar en esta presentación plural de un libro plural y complejo, como es el libro de Jesús Ibáñez. Elijo para mi intervención una idea que no fue exactamente la que decidí para el prólogo de la primera parte de este libro. Me refiero a la inclusión de la subjetividad en su reflexión.

“No hay ciencia del hombre, puesto que el hombre de la ciencia no existe, sino solamente su sujeto”. Con esta cita de Jacques Lacan comenzaba el primer texto que escribí en 1979 sobre Jesús Ibáñez, a propósito de su libro “Más allá de la sociología”. Así entendí lo que luego fui verificando como propuesta fundamental de Jesús Ibáñez, que en libros posteriores resumiría como “Del algoritmo al sujeto” o “El regreso del sujeto”: la inclusión de lo incalculable en el quehacer humano. Sus libros, como su vida, fueron, más que interdisciplinarios, anti-disciplinarios. Su crítica a la encuesta estadística, modo de disciplinar a los sujetos, era una propuesta social y política.

¿Qué política? Este libro, “A contracorriente”, título excelente, lo muestra. Una política a contracorriente de la biunivocidad entre política y Estado hobbesiano que conduce al Estado Administrativo. Para Jesús Ibáñez, el archivo no se reduce al texto administrativo. Si Michel Foucault introduce una noción de archivo que no es coincidente con la disciplina de los apartados del Estado, Jesús Ibáñez va más allá al pensar la política, no como mera clasificación de los micropoderes, sino efecto del pensar mismo, por la introducción de la subjetividad en la política. La política, entonces, no es una clasificación, una taxonomía, ni tampoco un predicado. Jesús Ibáñez lo explica muy bien al comienzo del libro, a propósito de la oposición privativa que se define por incluir un elemento marcado, es decir, un elemento que no se deja calcular por el sistema integrador de oposiciones. “La oposición propietarios/proletarios -dice en la p. 46-, no incluye ningún término marcado: ambos designan funciones internas al capital”. Se comprobará entonces que Jesús Ibáñez no esté tan interesado en la clasificación de las clases. Busca las marcas, y así podrá hablar de los pobres, los excluidos, etc.

Pero ¿qué quiere decir que pensar la política es pensar que hay pensamiento en la política? Hay que entender

aquí pensamiento como el “Gedanke” freudiano y prohibirse la sinonimia, tal como hace, por ejemplo, el partido político que traduce los dichos en doctrina, en proposiciones no marcadas, por tanto inocuas, muertas. Una huelga, una revuelta, incluso una acción terrorista, obliga a pensar de qué pensamiento es efecto. Si hablamos de “Gedanke” hay que suponer, entonces, que esa subjetividad plural que llamamos “la gente”, piensa, como bien apunta Lazarus. Piensa, lo sepa o no, y el pensamiento no es biunívoco con la bondad.

Un hecho político es, por tanto, un síntoma, un drama del sentido, un desajuste pulsional, un desacuerdo con la soledad, una disarmonía (en tanto que síntoma) con los ideales. Jesús Ibáñez se negó a pensar la política en términos ideales, eso no excluye la utopía. La utopía, como así le gustaba escribir el término, no es un ideal, es una apuesta.

Si hay un “Gedanke” en la política, si el síntoma incluye un pensamiento, no se puede pretender saber por fuera del pensar de esa multiplicidad subjetiva qué es “la gente”. Hay que hacer caso, entonces, a Freud; hay que escuchar, hay que escuchar el “eso dice” que, como diría Lacan, constituye el horizonte de la subjetividad de una época, y no apresurarse a la traducción de lo que supuestamente querría o debería decir.

Por eso, Jesús Ibáñez no confunde la memoria con la historia. La política exige la memoria como *marca* de lo traumático, pero marca que no se anula en la historia, en una historia lineal y superflua, sino que la marca, la agujerea, en su pretención de olvido.

Para Jesús Ibáñez, la política es ejercicio de la crítica, crítica entendida al modo de Walter Benjamin, la crítica como límite del decir que habita lo que se dice, una crítica anti-predicativa, una crítica que se ejerce también contra los propios dichos de uno. Hay un cierto desgarramiento en la reflexión de Jesús Ibáñez, porque tomar en cuenta la subjetividad en la política exige una lucidez descontenta, disidente.

¿Cómo podría Jesús Ibáñez congraciarse con la transición política española? De ningún modo. No creo que militara en su contra pero pensó contra ella. No había transitado los riesgos de la lucha antifranquista para acobardarse y congraciarse al final con los vencedores,

hoy más vivos que nunca. No retiró nunca la palabra a Fraga Iribarne (¿hay alguien a quien Jesús Ibáñez retirara la palabra?, no, no lo había), pero no se congració con él y hubiera preferido para él la experiencia del vencido que la del permanente vencedor, hoy Presidente de la autonomía gallega.

Con Jesús Ibáñez se fue un estilo, una parte de nuestro mundo. Jesús Ibáñez no pertenece a nadie, y menos que a nadie a los seguidores de ETA. Su apuesta fue singular, no pertenece a nadie. Atravesó como un relámpago

nuestras vidas y no encontró en la mediocridad de la transición el eco necesario que nos permitiera oír las voces de nuestro tiempo, en vez del conformismo que des-movilizó y des-politizó el pensamiento.

Asistió, abierto, a algunas tragedias personales y no cerró los oídos con consignas ciegas.

Me alegro de haber compartido un tramo de mi vida con él. Lamento que no esté.

F. Pereña

## Cultura estadística e investigación científica en el campo de la salud: una mirada crítica

L.C. Silva Ayçaguer

Ed. Díaz de Santos. Madrid, 1997

*Hasta un reloj dibujado en un papel da la hora correcta dos veces al día*

*Las muestras demasiado pequeñas pueden servir para no probar nada; las muestras demasiado grandes pueden servir para no probar nada<sup>1</sup>*

Se trata de un libro que reivindica el valor de la reflexión frente al empleo mecánico de la estadística como procedimiento que, a veces, simplemente oculta la ausencia de ideas, cuando no enmaraña más el conocimiento de la realidad en vez de aclararlo. El autor, Luis Carlos Silva, es investigador titular del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana y ha publicado varios textos de estadística y salud pública, siempre desde una perspectiva práctica<sup>2-4</sup>. Como indica en el prólogo, el objetivo “es ayudar tanto al desmontaje de una dictadura metodológica de origen oscuro y efecto paralizante, como a la desmitificación de algunas prácticas estadísticas, por estar viciadas, unas y otras, ya sea de dogmatismo o de error. El mito mayor, quizás, consiste en la convicción de que, al usar la estadística, el investigador está a salvo de la subjetividad, como si ello fuera posible, y exonerado de marcar las conclusiones de su impronta personal, como si ello fuera deseable”.

Hay que advertir que no es un libro de texto, sino que se puede leer de corrido. Aborda de modo ameno bastantes cuestiones difíciles de resolver en el campo de la

estadística aplicada a la investigación sanitaria; es un libro relativamente sencillo en casi todos los capítulos, siempre que se tenga un nivel medio de conocimientos sobre la materia.

En los dos primeros capítulos nos advierte sobre el uso inadecuado de la estadística y el excesivo peso del metodologismo y denuncia el poder aberrante de aquella cuando sus técnicas parecen adquirir vida propia y atrapan al profesional, que es presa del temor a ver descalificada su producción científica y busca el aval de técnicas que ni siquiera necesita. Esta situación ha llevado a muchos profesionales a aprender el lenguaje, pero no los conceptos subyacentes. Recomienda usar sólo las técnicas cuyo sustrato se conoce, reconociendo que la mayoría de las preguntas se pueden responder con procedimientos matemáticos relativamente sencillos.

El tercer capítulo “Escalas e Indicadores”, se ocupa de algunos problemas que surgen al construir variables que hacen operacionales determinados conceptos. También se refiere a la construcción de indicadores y a su uso perverso cuando, para la evaluación de resultados, se usa la variación que ha sufrido determinado indicador, cuyo valor probablemente se ha escogido de modo arbitrario, en vez de insistir en las acciones necesarias para que ese indicador se modifique.

En el cuarto capítulo, “Cuantificación de nociones abstractas”, surge el “fantasma de la validación”, pues ésta parece ser un requisito vital para el uso correcto de cualquier variable sintética, cuando la validación sólo es posible si se dispone de un *gold standard* adecuado

y, en esos casos, pocas veces es necesario crear una nueva variable (excepto si su aplicación es mucho más sencilla, barata o no lesiva).

En el capítulo “Estadísticamente posible, conceptualmente estéril”, además de abordar el problema de la definición de “normalidad”, explica en dos páginas y de modo comprensible los conceptos de riesgo relativo y *odds ratio*, así como sus relaciones, lo que permite entender cuándo el segundo puede ser un buen estimador del primero, aclarando el error frecuente de asociar cada uno a un tipo de estudio determinado.

El capítulo siguiente ataca el endiosamiento que padecen las pruebas de significación. Por un lado, recuerda que por este procedimiento nunca se puede demostrar la falsedad de la hipótesis alternativa, ni la certeza de la hipótesis nula. Y, por otro, advierte que “con suficiente tamaño muestral siempre hay diferencias significativas”, por lo que no hay que olvidar que lo importante es la significación clínica de las diferencias encontradas, pues, en ocasiones, aparecen diferencias mínimas, sin repercusión clínica, pero significativas si se dispone de muestra suficiente (o, lo que es lo mismo en el caso de ensayos clínicos de medicamentos, de dinero suficiente). Una solución parcial es el empleo de los intervalos de confianza, también sujetos al problema del tamaño muestral. El autor confía en que se encuentre una vía de salida a través de la razón de verosimilitud entre hipótesis o de enfoques bayesianos.

A continuación, aborda “El acertijo de la causalidad”; plantea las diferencias entre causas y factores de riesgo y la utilidad de cada concepto, y recuerda los nueve rasgos fundamentales propuestos por Bradford Hill<sup>5</sup> que incrementan el valor de una asociación encontrada entre dos variables como indicadora de causalidad. Reivindica la utilidad de los estudios ecológicos, pues “las causas no tienen porqué buscarse al mismo nivel en que se produce el problema”, aunque haya que estar prevenido frente a la falacia ecológica (error en que se incurre cuando se da por sentado, equivocadamente, que una relación observada a nivel de agrupaciones también se verifica al de los individuos).

En un interesante capítulo sobre sesgos y factores de confusión, advierte con humor que “si los datos son torturados durante un tiempo suficientemente largo, terminan por decir lo que queremos oír”.

El capítulo siguiente, “El mundo de lo sensible y lo específico”, trata de las pruebas diagnósticas y los errores de clasificación que producen. Aunque los conceptos de sensibilidad y especificidad se conocen, se olvidan sus consecuencias casi siempre. Por ejemplo, cuando se realizan estudios transversales para medir la prevalencia de un determinado trastorno, no se suelen corregir los resultados en función de la sensibilidad y

especificidad del procedimiento diagnóstico usado: en el caso de una tasa de prevalencia de 0,20 obtenida con un instrumento con sensibilidad y especificidad de 0,9, el valor corregido sería de 0,125. Una corrección similar habría que realizar cuando se estiman riesgos relativos y *odds ratios*; en estos casos, la mala clasificación produce siempre una infraestimación del riesgo. Por último, alerta frente al uso de instrumentos de *screening* en población que, para patologías poco prevalentes (p. ej. tumores), producen un alto número de falsos positivos, con el coste económico y personal que éso conlleva.

A continuación, da un toque de atención sobre la búsqueda de la representatividad de las muestras al advertir que “es un concepto intuitivo, relativo (una muestra puede representar a la población a unos efectos y a otros no) y habitualmente no se conoce la población que se quiere estudiar, respecto al factor para el que se quiere que la muestra sea representativa”. Recomienda, no la búsqueda de “muestras buenas”, sino de métodos “buenos” para obtenerlas, lo que siempre incluye al azar que “no inyecta representatividad, pero inyecta confianza”.

Otro mito es el cálculo del tamaño muestral, que a veces se sacraliza, cuando para estimarlo hay que recurrir a la subjetividad de asignar valores *a priori* al parámetro que se quiere medir, a la cantidad máxima de error tolerable y al nivel de confianza. Afirma que “lo importante es que cualquiera que sea el tamaño de la muestra, tanto los errores de muestreo como la posibilidad de rechazar erróneamente una hipótesis nula, pueden ser calculados *a posteriori*”.

Por último, aconseja que se tenga en cuenta que las técnicas estadísticas siempre han de tener una funcionalidad concreta, es decir, se aplican para ayudar a responder a una pregunta, y eso es lo que hay que explicar en el “material y método” de las publicaciones.

## Bibliografía

1. Sacket DL. Bias in analytic research. *J Chronic Dis* 1979;32:51-57.
2. Silva Ayçaguer LC. Cultura estadística e investigación científica en el campo de la salud: una mirada crítica. Madrid: Díaz de Santos; 1997.
3. Silva Ayçaguer LC. Muestreo para la investigación en ciencias de la salud. Madrid: Díaz de Santos; 1993.
4. Silva Ayçaguer LC. Excursión a la regresión logística en ciencias de la salud. Madrid: Díaz de Santos; 1995.
5. Hill AB. The environment and disease: association or causation? *Proceedings of the Royal Society of Medicine* 1965;58:295-300. Trad. en Hill B. Ambiente y enfermedad: ¿asociación o causalidad? *Bol of Sanit Panam* 1992;113(3):233-242.